

Puerta del mundo, de Francisco Morales Lomas

Manuel Gahete

Francisco Morales Lomas

Puerta del mundo

Ediciones En Huida. Col. Crepusculario.

Son tantos los aspectos que tachonan la poliédrica personalidad de Francisco Morales Lomas, narrador, poeta, dramaturgo, ensayista, columnista, crítico, que nos obliga a preguntarnos cómo es posible construir universo tan fecundo sin dejarse la vida en el intento.

Del cordobés Ibn Rushd – Averroes– se decía que solo había descansado dos días en su vida, el de su boda y el de la muerte de su padre. El resto de su existencia la había dedicado a crear –y llevar a la práctica– las teorías de su amplia obra analítica, plena de filosofía y ciencia.

No sé yo si mi buen amigo Paco tiene tiempo para algo más que no sea docencia, literatura y crítica, pero, en cualquier caso, lo desarrolla todo con envidiable perfección.

Aunque no soy amigo de relacionar bibliografías, no solo porque ya se reflejan en el firmamento digital de Internet, sino porque ocuparía todo el espacio temporal de mi breve discurso –al tener Paco en su haber más de



cincuenta obras publicadas en todos los géneros y subgéneros conocidos—, ilustraré su densa biografía con algunos trazos esenciales, esbozo mínimo de su amplio perfil curricular:

Morales Lomas es presidente de la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios, a cuya junta rectora tengo el honor de pertenecer como secretario. Licenciado en Derecho, doctor en Filología Hispánica, catedrático de Lengua Castellana y Literatura en Enseñanza Secundaria y profesor de la Universidad de Málaga, además de otros muchos cometidos, la mayoría no remunerados, en todos ellos aporta siempre su voluntad y su talento.

Su obra está presente en multitud de antologías. Su trabajo crítico ocupa páginas y páginas de suplementos y revistas. Su palabra, en fin, siempre lúcida y hasta sutilmente provocadora, se escucha en los foros más prestigiosos de difusión literaria. Paco actúa por derecho y no solo porque conoce bien materia tan procelosa. No es el silencio su estrategia. Tampoco creo que deba serlo la de ninguno de nosotros. Recuerdo siempre, en este sentido, la sentencia del fabulista Jean de La Fontaine: “Las personas que no hacen ruido son las más peligrosas”. Y el único peligro que corremos junto a Paco es que pueda contagiarnos su sabiduría, su don de gentes y su serena humanidad.

Puerta del Mundo se vertebra en cinco apartados, numerados, sin título. Todos, excepto el cuarto que se compone de cinco textos, están integrados por siete poemas, no sé si buscando armonizar las cábalas entre las fechas y los dígitos, siendo Paco nacido en el año 57, en tándem con otros poetas andaluces contemporáneos como Juan José Vélez Otero (Cádiz), Francisco Aliseda, Alejandro López Andrada, Rafael Carlos Padilla, José Antonio Santano (Córdoba), Rafael Adolfo Téllez (Sevilla-

Córdoba), Víctor Jiménez (Sevilla), Antonio José Trigo (Sevilla), Juan Cobos Wilkins (Huelva), Julio Alfredo Egea (Granada-Almería), José Antonio Sáez (Almería) y, que recuerde, solo una mujer, Isabel Martín Salinas (Almería), entre el nutrido grupo de varones poetas, donde también me hallo.

Todos fuimos testigos de la transición política cuando aún no habíamos cumplido veinte años y sentíamos en la sangre un aguijón de fuego que, venturosamente, aún no hemos perdido. El aliento poderoso que se forjó en las aulas universitarias ha mantenido activo el acicate de la cultura; y, contra viento y marea, seguimos enarbolando el mástil de la libertad, la fraternidad y la justicia, a través de nuestra obra, a través de nuestra vida: lo que hoy consideramos tan urgente y necesario como lo era en otro tiempo.

Ante un futuro que adquiere tintes de oscuridad, el creador no puede callar ni conformarse. La literatura y el arte son las formas que mejor recogen el intento de explicación de lo que es el misterio de la existencia, la razón de ser hombres. Y porque creemos en este principio, sabemos que la creatividad, humanista y solidaria, ha de dar respuestas que supongan nuevos paradigmas para el renacimiento de la ética y los valores sociales conculcados. No pretendemos erigirnos en defensores de ninguna causa que no sea la del hombre y sus derechos.

Aunque en toda la obra de Paco Morales se advierte una decidida apuesta por el humanismo solidario, quizás sea en *Puerta del mundo* donde mejor se delata esta preocupación palpitante, casi obsesiva, marcando con innegable nervio una dirección lírica que asume los cánones del neorromanticismo cívico, tangencial a lo que fue la poesía social de un tiempo de naufragios, pero trascendida por una clara preocupación estética.

Son evidentes los rasgos que marcan ese singular subjetivismo que ungió a los hombres del siglo XIX, preocupados más por las conquistas sociales que por el aliento bélico que hubo de inflamarlas. No puedo dejar de oír, con sus clamorosos ecos, el vigoroso genio de Espronceda reclamando un futuro para los desheredados: “Soñadores, mendigos, / candoroso esclavos que aceptan en silencio. / Su mundo es otro mundo, / la razón del vencido, el estigma hiriente de un sueño ahogado”; clamor que penetra en el nihilismo becqueriano y su súplica ardiente de solidario olvido: Olas, ráfagas, nubes, “llevadme con vosotras”, “Quiero irme con vosotros y con vuestro delirio”; “por piedad, tengo miedo de quedarme / con mi dolor a solas”.

Salvando las distancias, los conceptos se funden, podríamos decir que se confunden alertados por una realidad cada vez más perversa, menos solidaria, en la que tantos hombres se ahogan por culpa de otros hombres. Es evidente que la desesperación del romántico viene provocada por la dolorosa soledad, la marginación y el desarraigo. El poeta suplica sin respuesta, como voz en el desierto, enervado por el deseo inalcanzable de la esperanza en un mundo en el que creemos, en el que todo está por descubrir; un mundo insatisfecho que bascula entre el miedo a la nebulosa y el miedo a la claridad; paradoja terrible, siempre en búsqueda de una utópica felicidad que no sabemos si puede hallarse en este mundo pero que seguimos persiguiendo y anhelando sin fatiga. Porque los hombres que propagan la extirpación del romanticismo no saben lo que hacen. El que no es romántico ni sabe ver el cielo, ni sabe ver la Historia, ni siente la poesía ni el arte, ni le ponen lágrimas en los ojos los grandes triunfos morales.

Hablemos de la forma, porque el poema puede no comprometerse e incluso hasta evadirse, pero jamás traicionar su esencia, ese tándem mágico

donde música, tensión, sonido, tono, sentido y armonía juegan a conjugarse. El eclecticismo impone su voluntad a la praxis poética.

En *Puerta del mundo* vibran los versos largos, al modo de los viejos cantares de gesta donde respiran los viejos pero no olvidados románticos, evocando la solemne memoria de los héroes y ese aroma elegante que destilan las primitivas voces de la lírica: “canción de otro cantar” que nos recuerda, como el legendario romance, a quien con nosotros va.

Versos que alcanzan la sobriedad de acero de Unamuno, ceñido en el prieto pensamiento que escasamente deja fluir la imagen sinestésica de la metáfora modernista sobre la que se sustenta la arquitectura poética de buena parte de los hombres del 27.

Y finalmente la versatilidad del verso libre que asume su riesgo de incontenida ansia, tejiendo y destejiendo las luces y las sombras de las nuevas sentimentalidades, con sus vicios y virtudes.

Paco es un lector impenitente que capta con infrarrojos todos los destellos; un crisol de influencias aleadas para crear un discurso solidario al que interesa sobre todo mostrar el yáculo de los grilletes y el vértigo de su disrupción.

La demoledora rutina impone la busca de nuevos senderos, con ojos luminosos, con renovadas sensibilidades; respuestas al tiempo que defrauda y horizontes al tiempo que no espera. Hemos decidido llamarlo “educación de la subjetividad”, un resplandor brioso que ilumine los espacios oscuros, que devuelva frutos a la artúrica tierra baldía que Eliot convirtió en referente de la poesía inglesa. No es solo cuestión de palabras aunque la palabra sea nuestra más lancinante propuesta. Es preciso restituir la confianza, creer en lo que nadie cree, volver nuestra mirada a ese lugar

olvidado, que llamábamos alma, donde tenían cabida la bondad, la verdad y la belleza.

Todo esto nos propone Paco Morales Lomas, a quien no pienso restar ni un minuto más de su precioso y solidario tiempo.